

OBITUARIO

Para la evocación del Dr. Juan Carlos Plá



MARCELO N. VIÑAR¹

(1955)

En mis dieciocho años, yo emigraba de mi ciudad natal (50.000 habitantes) a la capital (1.000.000 de habitantes) como flamante bachiller que iniciaba su formación universitaria. El impacto de este exilio, rito iniciático del ingreso a la vida adulta, deja marcas imborrables. Allí conocí a Juan Carlos Plá, unos años mayor que el que escribe.

Mi vocación psicológica ya estaba arraigada en mi alma, y la enseñanza médica inicial, con cadáveres y microscopios, me atraía y capturaba menos que el debate social que se llevaba a cabo en la actividad gremial de la Asociación de los Estudiantes de Medicina (AEM) y la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU).

Quizás por eso, mis íconos de entonces no eran tanto los profesores académicos, sino estos hermanos mayores, que fueron mis modelos en la actividad y el combate donde se actuaba por la utopía de un mundo mejor, trenzando el saber académico que la ciencia propiciaba con la militancia y la lucha por una sociedad más justa, o menos injusta. Cultura y revolución fueron entonces ingredientes de una emulsión indisoluble en nuestra cosmovisión juvenil. Esta conciencia del mundo y del sí mismo a veces me parece opacada por la restricción de obedecer teorías psicoanalíticas y

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. marvin@belvil.net

causalidades fantasmáticas, y preservar la abstinencia y la neutralidad en nuestro oficio. Pero el registro consciente de esta cosmovisión me parece ineludible para preservar esa neutralidad ineludible para posicionarse como psicoanalista.

Que lo sagrado de entonces resuene hoy como la vacuidad ridícula de un milenarismo perimido no obsta a reconocer que fueron ideales (o imaginarios colectivos) que marcaron nuestra vida y nuestro destino. Los evoco con emoción, con una gratitud y un reconocimiento que prevalecen sobre el rencor y la amargura de los ideales no logrados. Es más saludable aquella ilusión delirante que esta sórdida actualidad.

«El mundo ha cambiado, y no en la dirección que yo quería», decía con ironía y humor dolorido mi hermano Juan Carlos. El mandato kantiano de que la ética precede y preside la acción está hoy perimido por la lógica del poder: la acción del poder precede y prescinde de la ética.

Si bien la obra completa de Freud en papel biblia había sido el regalo paterno para mi ingreso a la universidad, fue el mayorazgo fraterno de Juan Carlos lo que me condujo a la experiencia del análisis personal y de la clínica psiquiátrica, con la cual me introduje en los laberintos y las opacidades del alma, allí donde la racionalidad del ser humano deja de ser racional, donde lo humano cesa de ser congruente y armónico y se sumerge en su dimensión sórdida y destructiva que obtura la creatividad. Esta puede brotar justamente en la proximidad del síntoma y trocar o revertir la patología en sublimación. Este es, a mi entender, un punto capital del descubrimiento freudiano, que lo distingue del enfoque psiquiátrico, y fue algo que aprendí a valorar y transitar junto a Juan Carlos.

Una anécdota de humor para romper el silencio que imponen las Parcas: yo llegaba al hospital psiquiátrico como practicante interno; Carlos, Jefe de Clínica, interrogaba a un ogro paranoico de gesto adusto. Carlos buscaba desmontar su coraza jugando al inocente, con su rostro lampiño y su sonrisa infantil. Yo, detrás suyo, ignorante, admiraba su estrategia y me mantenía en silencio, aprendiendo. Termina la entrevista y el paciente lo saluda con solemnidad, diciendo «Buenos días, doctor»; luego, a mí, el mudo y silencioso barbudo, sentenciando «Buenos días, profesor».

En mi relación con Juan Carlos Plá, la discusión admirativa y sumisa de los comienzos se fue reemplazando gradualmente por una relación más

horizontal, de reciprocidad, que podía albergar coincidencias y discrepancias en el enfoque de los problemas. No siempre estuvimos de acuerdo en nuestros enfoques teóricos y clínicos, y muchas producciones de Carlos, en la poesía y en la comprensión de la psicosis, me resultaron opacas y oscuras. No obstante, esta no concordancia, lejos de alejarnos, nos empujó siempre al diálogo y la controversia, que fue fecunda y enriquecedora, al menos para mí. Pienso que esto indica un rasgo de grandeza para el homenajeado, los maestros casi nunca son tolerantes con la disidencia. Podíamos discutir hasta la ofuscación, pero eso (casi) nunca lastimó nuestra amistad.



Yo no podía eludir la responsabilidad de este testimonio, aunque entiendo y acepto que la cercanía fraternal no es la distancia óptima para evaluar una obra y una trayectoria profesional. Tampoco dispuse del tiempo necesario para revisar su obra escrita, que sin duda vale la pena visitar. Sí puedo afirmar que su lectura invita a asomarse a los abismos del alma y promueve un lector curioso y alerta, más que un alumno obediente que recita la lección.

Los hermanos de adopción cuentan tanto o más que los hermanos de sangre, y nuestra fraternidad permaneció incólume hasta su muerte y se prolonga hoy en el vínculo con Esperanza y con la generación que nos sigue, mis hijos y los suyos.

Agradezco a los organizadores de esta evocación y homenaje por permitirme estar presente y junto a ustedes a través de este texto que contiene apenas un fragmento de todo lo que querría y podría decirles. ♦